

Anuario de Historia de la Iglesia

Universidad de Navarra

ahig@unav.es

ISSN (Versión impresa): 1133-0104

ESPAÑA

2006

Pablo Blanco Sarto

JOSEPH RATZINGER, PERITO DEL CONCILIO VATICANO II (1962-1965)

Anuario de Historia de la Iglesia, año/vol. XV

Universidad de Navarra

Pamplona, España

pp. 43-66

Joseph Ratzinger, perito del Concilio Vaticano II (1962-1965)

PABLO BLANCO SARTE

Resumen: Una aproximación al trabajo de Joseph Ratzinger como perito del Concilio Vaticano II. Tras una sumaria introducción general, describe las intervenciones en el aula conciliar del cardenal Joseph Frings, de Colonia, del que Hubert Jedin y Joseph Ratzinger eran colaboradores. Han sido muy útiles los comentarios del entonces joven teólogo sobre los distintos documentos y acontecimientos conciliares, que se reseñan siguiendo el orden de los cuatro periodos en los que se desarrolló el concilio. En esta época se puede apreciar ya la línea renovadora y a la vez de profundización en la fe que ha caracterizado la teología de Joseph Ratzinger.

Palabras clave: Joseph Ratzinger, Vaticano II, colegialidad, Escritura y Tradición

Abstract: This article is an approach to Joseph Ratzinger's role as an expert in the Second Vatican Council. After a short introduction, the author describes the intervention of Joseph Frings of Cologne, to whom Hubert Jedin and Joseph Ratzinger were assistants. The commentaries of the then young theologian on various conciliar documents and events, reviewed according to the four periods of the Council, have been very useful. Already in this time period, we may perceive a tendency toward renewal and deepening in the faith that has characterized the theology of Joseph Ratzinger.

Key Words: Joseph Ratzinger, Vatican II, collegiality, Scripture and Tradition

Estas páginas pretenden tan solo un primer acercamiento al papel de Joseph Ratzinger perito del Concilio Vaticano II. Lógicamente, no se trata de ofrecer una crónica del concilio (las hay excelentes), sino de una primera aproximación a las opiniones teológicas que manifestaba el teólogo alemán en aquellos momentos decisivos de la historia de la Iglesia. Se recogen aquí tan solo unas primeras impresiones del entonces joven teólogo alemán, que después se irán completando y matizando con el tiempo. Sus planteamientos reflejan en parte aquella afluencia de

ideas centroeuropeas en la Roma conciliar, que se ha resumido con la famosa frase gráfica: *El Rin desemboca en el Tíber*¹. Para este trabajo, me he basado sobre todo en las declaraciones publicadas en la bibliografía personal del actual Benedicto XVI; aunque lógicamente se trata tan solo de unas primeras opiniones, que después irán evolucionando con el tiempo². Un análisis riguroso de la intervención del perito Ratzinger en el concilio exigiría una cuidada investigación tanto del material conservado en los archivos de las Comisiones conciliares, como en el archivo personal sobre el concilio de Benedicto XVI. Dicho análisis supera las posibilidades de estas páginas, que se mueven –como hemos dicho– en la línea de un primer acercamiento.

De entrada, conviene recordar el clima general en que Joseph Ratzinger recibió el anuncio del Concilio. Él mismo lo describe con las siguientes palabras: «Juan XXIII había anunciado el Concilio Vaticano II, reavivando –en muchos hasta la euforia– aquel sentimiento de renacimiento y esperanza que, pese a la amenaza que había supuesto la etapa nacionalsocialista, estaba todavía vivo desde el final de la I Guerra Mundial»³. Como es bien sabido, la teología y la vida de la Iglesia en Alemania habían dado pasos importantes en el periodo de entreguerras. Ratzinger resume estas aportaciones. «Por una parte se ha llamado al siglo en el que vivimos el siglo de la Iglesia; podríamos llamarlo también el siglo litúrgico y sacramental, puesto que el redescubrimiento de la Iglesia, que tuvo lugar durante las dos guerras mundiales, descansa en el redescubrimiento de la riqueza espiritual de la liturgia primitiva cristiana y el principio sacramental»⁴. Concluía de igual modo en otro lugar: «el movimiento litúrgico, el movimiento bíblico y ecuménico y, por último, una fuerte religiosidad mariana configuraron un nuevo clima espiritual en el que floreció también una nueva teología que, en el Vaticano II, dio frutos para toda la Iglesia»⁵.

1. Cfr. Ralf M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber. Historia del Concilio Vaticano II* (1967), Criterio, Madrid 1999.

2. Son unos pequeños folletos publicados de forma dispersa en varias editoriales hoy desaparecidas y, por tanto, de difícil acceso. Debo manifestar de este modo mi gratitud a los profesores Harald Wagner y Maximilian Halspruch de la Facultad de Teología, de la Westfälischer Wilhelms-Universität Münster, así como a la inestimable ayuda de Ralf van Bühren, a la Bayerische Staatsbibliothek y a la de la Ludwig Maximilians-Universität de Múnich. Puede verse también el magnífico trabajo de Thomas WEILER, *Volk Gottes – Leib Christi Die Ekklesiologie Joseph Ratzingers und ihr Einfluß auf das Zweite Vatikanische Konzil*, Matthias Grünewald, Mainz 1997, pp. 249-249-272.

3. *Mi vida*, Encuentro, Madrid 1997, pp. 97.

4. *Ser cristiano* (1965), Sígueme, Salamanca 1967, p. 57.

5. *Natura e compito della teologia. Il teologo nella disputa contemporanea: storia e dogma*, Jaca Book, Milano 1993, p. 90.

1. El primer periodo conciliar

El profesor de teología que entonces contaba con apenas treinta y cinco años relata recientemente el origen de su participación en el Concilio. «Entre el arzobispo de Colonia, el cardenal Frings, y yo surgió de inmediato un trato cordial y sereno. [...]. Vino a escuchar una conferencia sobre la teología del concilio que me habían invitado a pronunciar en la Academia católica de Bensberg, e inmediatamente después me entretuvo en una larga conversación, comienzo de lo que será después una colaboración que se prolongó durante años»⁶. Quien era entonces presidente de la Conferencia episcopal alemana había recibido un espaldarazo definitivo cuando, recién anunciado el concilio, pronunció en Génova la conferencia *El concilio y el nuevo mundo espiritual moderno* el 20 de noviembre de 1961, que preparó el mismo Ratzinger y que gozó del favor de Juan XXIII. *Che bella coincidenza de pensiero!*, exclamó el papa⁷. «Frings –afirma Allen– era una leyenda en los círculos eclesiales de Europa. Había sido un buen estudioso de la Sagrada Escritura, licenciado en el Instituto Bíblico de Roma. [...] Era buen montañero, aunque en tiempos del concilio contaba ya con setenta y seis años y una salud en declive. Estaba casi ciego, por lo que dependía de otros para leer los documentos preparatorios, propuestas, *memoranda* y demás tipos de papeles que circulaban antes y durante el concilio»⁸.

a) Encuentros y desencuentros

Frings escogió a Ratzinger –entre otros– como colaborador personal y se convirtió en un estrecho asesor teológico⁹. El cardenal de Colonia le hizo llegar los *Schemata* de la fase preparatoria, elaborados para la Asamblea Conciliar. Al igual que muchos otros obispos y teólogos centroeuropeos, Ratzinger mostraba sus reservas hacia los esquemas redactados por las comisiones preparatorias. «Obviamente tenía algunas observaciones que hacer sobre diversos puntos –recuerda–, pero no encontraba ninguna razón para rechazarlos por completo [...]. Indudablemente la renovación bíblica y patrística que había tenido lugar en los decenios pre-

6. *Mi vida*, citado en n. 3, p. 97.

7. Cfr. Norbert TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, II: *Sein Wirken für die Weltkirche und seine letzten Bischofsjahre*, Ferdinand Schöningh, Paderborn-München-Wien-Zürich 2005, p. 262; Thomas WEILER, *Volk Gottes – Leib Christi*, pp. 1166-174.

8. John L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger. The Vatican's Enforcer of faith*, Continuum, New York 2000, p. 52.

9. Cfr. Norbert TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, citado en n. 7, pp. 244, 290-297; Thomas WEILER, *Volk Gottes – Leib Christi*, citado en n. 2, pp. 158-205.

cedentes había dejado poca huella en estos documentos, que daban más bien una impresión de rigidez y escasa apertura, de una excesiva dependencia de la teología escolástica, de un pensamiento demasiado erudito y [demasiado] poco pastoral»¹⁰. Más adelante, en una conferencia que tuvo lugar en Bonn, el 18 de enero de 1963, recordará que aquellos setenta esquemas preparatorios ocupaban dos mil páginas, lo cual suponía el doble de todo el magisterio anterior de la Iglesia¹¹. De manera que era comprensible la reacción del aula conciliar en los primeros días del Vaticano II ante semejante avalancha de material escasamente articulado en torno a un proyecto definido.

El concilio había iniciado su andadura en la mañana del 11 de octubre de 1962, en medio de un ritual imponente y quizá algo excesivo. Ratzinger hizo notar una liturgia poco acorde con los tiempos, sobre todo valorada desde el ambiente de ideas del movimiento litúrgico alemán¹². No obstante, esta sensibilidad litúrgica pronto cristalizará en los documentos conciliares. Como se sabe, el único de los esquemas elaborados con anterioridad que no fue rechazado fue precisamente el referente a la liturgia, que había sido preparado por expertos centroeuropeos bien informados acerca de las propuestas del movimiento litúrgico. La unanimidad de los padres conciliares en la votación del primer capítulo de la *Sacrosanctum concilium* fue casi total. Este hecho despertará el entusiasmo del joven teólogo, quien por entonces escribió a favor de las nuevas ideas litúrgicas: la dimensión comunitaria de la celebración, la importancia de la proclamación de la Palabra, la participación activa de los laicos, el uso de las lenguas vernáculas, la riqueza de los ritos litúrgicos orientales¹³. Para Ratzinger la aprobación de la constitución sobre la sagrada liturgia constituyó un acontecimiento trascendental, ya que la liturgia supone «el centro de la Iglesia y, por tanto, el auténtico punto de partida de toda renovación»¹⁴. Más adelante, en otoño de 1964, se preguntará si la reforma litúrgica conseguirá una «nueva comprensión recíproca de los cristianos», con consecuencias ecuménicas positivas¹⁵.

Volviendo al ambiente inicial del concilio, el profesor alemán constataba aires de intenso optimismo, cuando no de euforia. Comentaba años después al respecto: «En el concilio penetró algo de la brisa de la era Kennedy, de aquel ingenuo optimismo de la idea de una gran sociedad: lo podemos conseguir todo, si nos los

10. *Mi vida*, citado en n. 3, p. 98.

11. Cfr. *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils. Ein Rückblick*, Bachem, Köln 1963, p. 8.

12. Cfr. *ibid.*, p. 11.

13. Cfr. *ibid.*, pp. 27-38.

14. *Ibid.*, pp. 25-26

15. *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, Bachem, Köln 1965, p. 22.

proponemos y ponemos medios para ello»¹⁶. Pero ante todo le parecía un impresionante acontecimiento del Espíritu. «El concilio, una pentecostés: era esta una idea que respondía a los sentimientos de aquella hora. Y no solo porque el Papa Juan XXIII lo hubiera formulado como un deseo, como una oración, sino porque fue también una interpretación exacta de nuestras experiencias al llegar a la ciudad conciliar: encuentros con obispos de todos los países, de todas las lenguas [...] y, por tanto, una vivencia directa de la catolicidad real, con esperanzas pentecostales. Este era el signo, preñado de promesas de los primeros días del Vaticano II»¹⁷. En el orden personal, la experiencia del concilio fue decisiva. «No puedo olvidar ni quiero describir aquí la experiencia particularísima [...], el privilegio de tener múltiples encuentros con Henri de Lubac, Jean Daniélou, Yves Congar, Gerard Philips, por citar solo algunos nombres destacados; los encuentros con obispos de todos los continentes y las conversaciones personales con algunos de ellos»¹⁸. Estas conversaciones marcaron su vida y su teología. «Aunque Ratzinger no podía hablar en el aula conciliar –comenta uno de sus biógrafos–, fue un personaje público en otro sentido. Pronunció conferencias sobre temas conciliares en varios lugares de Roma, organizó sesiones informativas para los padres conciliares, y publicó unos bien conocidos comentarios sobre el concilio»¹⁹.

Ratzinger atribuye al cardenal Frings varias intervenciones iniciales decisivas para la orientación posterior del Concilio. Una de ellas «consistió en que la curia romana ya había elaborado varias propuestas para formar las diferentes Comisiones conciliares, y era de esperar que –una vez presentadas las listas– se pudiera proceder a la inmediata votación. Pero no todos pensaban igual. Entonces los cardenales Liénart y Frings se pusieron de pie y dijeron: “así no podemos votar; es mejor que nos conozcamos un poco unos a otros, para saber quién es el más indicado para cada Comisión”. Aquel fue el primer toque de atención nada más empezar el concilio»²⁰. Todo ello causó un notable desconcierto, que los medios de comunicación se encargaron de amplificar. «El concilio no acepta los nombres indicados por la curia romana para las comisiones», decía un titular de *La Stampa* de Turín. Algo parecía que iba a cambiar. Se sucedieron entonces los encuentros y los intercambios de listas para crear las nuevas comisiones, y fue este el nacimiento de un gran espíritu de entendimiento –“alianza” la ha llamado alguno– entre los obispos europeos. «El resultado de estas elecciones fue notablemente satisfactorio para la

16. *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental* (1982), Herder, Barcelona 1985, pp. 445.

17. *Ibid.*, pp. 440.

18. *Mi vida*, citado en n. 3, p. 98.

19. John L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, citado en n. 8, p. 55.

20. *La sal de la tierra*, Palabra, Madrid 1997, p. 79; cfr. también *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils*, citado en n. 11, pp. 7-8.

alianza europea. [...] Los candidatos de la alianza constituían el cincuenta por ciento de los miembros de la Comisión teológica, la más importante. [...] Ocho de cada diez candidatos propuestos por la alianza europea ocuparon un puesto en las comisiones. Alemania y Francia estaban representadas en todas las comisiones, menos una. [...] Tras esta elección, no parecía demasiado difícil prever qué grupo estaba lo bastante organizado para asumir el liderazgo del Concilio Vaticano II. El Rin había comenzado a desembocar en el Tíber»²¹.

b) *Reformas y debates*

Todas estas circunstancias hicieron que Ratzinger se situara desde un primer momento en la llamada ala reformista. Al margen de sus propias ideas, siempre reconoció la valía y la función de sus oponentes conciliares, «cuya seriedad –escribirá más adelante– no presenta la menor duda, y tampoco la necesidad del servicio que prestan: [...] su protesta no es sin más airada, y bajo muchos aspectos era y es merecedora de reflexión»²². Así, el teólogo alemán constantemente rechazará una simplista interpretación del Concilio en clave dialéctica, en la que «derecha» e «izquierda», «liberales» y «reaccionarios», «progresistas» y «conservadores» tan solo luchaban por conseguir el poder e imponer sus propias opiniones²³. Por el contrario, la actitud habitual de los padres conciliares era imposible de reducir a estos esquemas: «Una vez realizada la votación, [comenta un cronista de los padres conciliares de una y otra línea] estaban tan dispuestos como cualquier otro a aceptar el decreto promulgado. Básicamente, tal fue la actitud de todos los padres conciliares [...]; cada cual estaba convencido de que su postura sobre un determinado punto era la correcta [...]. Pero estos hombres, concedores de las leyes eclesásticas, también comprendían que ambos lados no podían tener toda la razón al mismo tiempo. Y en última instancia se adherían a la opinión mayoritaria, tan pronto esta quedaba finalmente clara y era promulgada por el papa como doctrina común enseñada por el Concilio Vaticano II»²⁴.

Otro de los debates fue en torno al problema de la revelación, en el que Frings –como biblista– estaba muy interesado en intervenir. «El segundo “toque” [...] fue, en concreto, que –cuando se iba a someter a debate el texto de la revelación– el cardenal Frings aclaró que, tal como estaba redactado (yo había colaborado con él), no tenía un punto de partida adecuado. Hubo que redactarlo de nuevo a

21. Ralph M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, citado en n. 1, pp. 23-24.

22. *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, citado en n. 15, p. 82.

23. *Das Konzil auf dem Weg. Rückblick auf die Zweite Sitzungsperiode*, Bachem, Köln 1964, p. 28.

24. Ralph M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, citado en n. 1, p. 289.

mitad del concilio. Eso sí que fue un toque de atención»²⁵. Según recuerdan los cronistas, «una verdadera lluvia de fuego se abrió sobre el *De fontibus*. “El esquema no gusta” fue el comienzo de autorizadas intervenciones, entre las que hay que destacar como particularmente duras las de los cardenales Liénart y Frings»²⁶. Las objeciones al esquema conciliar sobre la revelación se centraban, en opinión de Ratzinger, en que este se mostraba demasiado imbuido de un espíritu antimoderno, y denotaba más bien «una teología de las negaciones y prohibiciones» que una «propuesta positiva»; además, no utilizaba el «lenguaje pastoral y ecuménico» que buscaba el concilio: «el lenguaje de la Escritura, de los Padres, de los hombres de hoy»²⁷.

En octubre de 1962, en Santa Maria dell’ Anima y ante un público nutrido y purpurado, Ratzinger presentaba –junto con Karl Rahner– un esquema alternativo sobre la revelación. Después este texto reproducido en multicopista circulará por el aula conciliar con la siguiente afirmación: «Los presidentes de las conferencias episcopales de Austria, Bélgica, Francia, Alemania y Holanda se atreven a sugerir el siguiente material»²⁸. Con todo, y a pesar de la entusiasta acogida inicial, el esquema será después rechazado por los padres conciliares, Ratzinger recuerda aquellos acontecimientos del siguiente modo: «Por deseo del cardenal Frings, puse por escrito un pequeño esquema en el que intentaba explicar mi punto de vista. [...] Ahora bien, aquel pequeño ensayo, escrito a toda prisa, no podía competir ni siquiera remotamente con la solidez y precisión del esquema oficial [...]. Estaba claro que el texto debía ser ulteriormente elaborado y profundizado. Semejante trabajo requería también la intervención de otras personas. Por consiguiente se decidió que presentase, junto con Karl Rahner, una segunda redacción, [elaborada] más en profundidad»²⁹.

Esta segunda versión dio lugar posteriormente al opúsculo *Revelación y tradición* (1965), donde Ratzinger hace un detenido examen histórico del concepto de tradición y su relación con la escritura, sobre todo en el concilio de Trento. Allí llega a la conclusión de que escritura y tradición no constituyen dos fuentes diferentes, sino una sola en la que ambas se unen íntimamente³⁰. «Me parece que el hecho primero y más importante –concluye– es que el concilio [de Trento] vio con más claridad la conexión del concepto de revelación con el de tradición»³¹. A

25. *La sal de la tierra*, citado en n. 20, pp. 78-79.

26. Cfr. Annibale ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, San Pablo, Madrid 1996, p. 231.

27. Cfr. *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils*, citado en n. 11, pp. 41, 46.

28. Cfr. Ralph M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, citado en n. 1, p. 56.

29. *Mi vida*, citado en n. 3, pp. 104-105.

30. Cfr. Karl RAHNER, Joseph RATZINGER, *Revelación y Tradición*, Herder, Barcelona 1970, pp. 54-76.

31. *Ibid.*, p. 73.

la vez, llega a una serie de conclusiones teóricas: en primer lugar, Cristo es el centro de la revelación («La realidad que acontece en la revelación cristiana no es otra, ni otro, que Cristo mismo. Es él, en sentido propio, la revelación»³²); además, la tradición se encuentra íntimamente unida a la palabra de Dios: «La tradición es siempre, por esencia, interpretación; no existe independiente, sino como explicación, como exposición “según la escritura”»³³. Las coincidencias de estas ideas con el futuro texto conciliar resultan evidentes. Ratzinger afirmaba en 1964 que –en esta relación entre revelación, escritura y tradición– está en juego no solo «la dimensión histórica de la teología», sino también «la posibilidad de fundamentarse libremente en el pensamiento contemporáneo, caracterizado por los métodos modernos de la ciencia»³⁴.

El *affaire* del esquema sobre la revelación le mereció –al parecer– al joven perito la dura valoración de Michael Schmaus como «teenager teológico, que ahora está muy de moda»³⁵. En cualquier caso, el propio Ratzinger será muy consciente del valor coyuntural de ese esquema alternativo en el que había colaborado. «Había quedado claro que el esquema de Rahner no podía ser aceptado, pero también el texto oficial fue rechazado por una exigua diferencia de votos. De modo que se debía proceder a rehacer el texto. Después de complejas discusiones, solo en la última fase de los trabajos conciliares se pudo llegar a la aprobación de la constitución sobre la palabra de Dios [la *Dei Verbum*], uno de los textos más relevantes del concilio»³⁶. Al final, la votación del 21 de noviembre por escasos votos se inclinó a favor de la conservación del antiguo esquema. Sin embargo, la neta división en la opinión de los padres propició que Juan XXIII finalmente lo retirara, a pesar de que no se habían obtenido los dos tercios de votos con el *non placet*, que se requerían para ser puestos fuera del debate. Tampoco se denominará en adelante como el esquema sobre «las fuentes» de la revelación, sino simplemente «sobre la divina revelación», lo cual daba la razón a la propuesta de Rahner y Ratzinger. Además, Frings y Liénart fueron llamados a la nueva comisión redactora del esquema³⁷.

También el esquema inicial sobre la Iglesia fue rechazado. Las razones eran abundantes. «Aquella mañana [del 1 de diciembre] se acercaron al micrófono catorce padres conciliares. Seis de ellos pidieron revisiones tan amplias que equivalían al rechazo total del texto en su forma actual. Se criticaba el esquema por ser

32. *Ibid.*, p. 42.

33. *Ibid.*, p. 51.

34. Cfr. *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, citado en n. 15, pp. 35 y 37.

35. Cfr. Helmut S. RUPPERT, *Benedikt XVI. Der Papst aus Deutschland*, Echter, Würzburg 2005, p. 44; T. RICCI, *Ratzinger del 82 al 92. Las etapas de estos diez años*, «30 días», 55 (1992) 32.

36. *Mi vida*, citado en n. 3, p. 105.

demasiado teórico y legalista, por identificar el Cuerpo místico pura y simplemente con la Iglesia católica, por referirse solo de un modo condescendiente a los laicos, por insistir en exceso en los derechos y la autoridad de la jerarquía, y por carecer de un enfoque caritativo, misionero y ecuménico»³⁸. Las voces se levantaron también a favor de la colegialidad de los obispos: estos no eran meros funcionarios del papa, sino que tenían una misión propia y específica, derivada de la misma voluntad de Cristo. Así, no se le escapó a Ratzinger el detalle de que el Papa se había presentado en el discurso del 8 de diciembre de 1962, en la sesión de clausura de esta primera etapa, como Obispo de la Iglesia católica, «que se reúne con sus hermanos, los obispos de la Iglesia de Dios»³⁹.

En ese discurso se trazaba una perspectiva optimista: en aquellos meses del primer periodo de sesiones –venía a decir– se había comenzado la gran obra del concilio, siguiendo los designios divinos⁴⁰. Realmente poco más se podía decir, a la vista del rechazo generalizado de los esquemas presentados, salvo el de liturgia. Juan XXIII acogió las sugerencias y animó a los padres conciliares a seguir estudiando los esquemas conciliares. Ratzinger se mostraba moderadamente optimista al juzgar los resultados obtenidos en la primera sesión. Habrá que esperar –afirmaba– los frutos de la paciencia, del trabajo diario y de la ayuda del Espíritu Santo⁴¹. Por otra parte, valoró positivamente esta ausencia de documentos aprobados, pues denotaba «una fuerte reacción contraria al espíritu que animó el trabajo preparatorio»⁴². Con ello, se confirmaba la autoridad de los obispos por encima de la curia⁴³. Hubo también otros efectos colaterales, como la creación de «dos formaciones: una mayoritaria, liderada sobre todo por obispos franceses, alemanes, belgas y holandeses, que –aunque de compleja constitución– tenía en conjunto una tendencia pastoral, ecuménica, abierta al mundo, reformadora, en la línea de los sueños de Juan XXIII; la otra, minoritaria, en la que estaban incluidos sobre todo obispos italianos, españoles y gran parte del episcopado de América latina, [estaba] preocupada por mantener intacto el patrimonio doctrinal y eclesialístico, con desconfianza hacia el mundo y la cultura contemporánea»⁴⁴.

37. Cfr. Ralph M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tiber*, citado en n. 1, p. 67.

38. *Ibid.*

39. *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils*, citado en n. 11, p. 12; cfr. también p. 17.

40. Cfr. Annibale ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, citado en n. 26, p. 244.

41. Cfr. *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils*, citado en n. 11, pp. 59-61.

42. *Ibid.*, p. 58.

43. Cfr. *ibid.*, p. 54.

44. Guido VERUCCI, *La Chiesa nella società contemporanea. Dal primo dopoguerra al concilio Vaticano II*, Laterza, Roma-Bari 1988, p. 373.

2. Segundo periodo conciliar

El 3 junio de 1963 fallecía Juan XXIII. Pocos días después tuvo lugar la elección de Giovanni Battista Montini, quien elige para sí el nombre de Pablo VI, y decide inmediatamente continuar el concilio convocado por su predecesor, y dedicarle así sus mejores energías. Ese verano el profesor Ratzinger había recibido la oferta de la cátedra de teología dogmática en la Westfälischer Wilhelms-Universität en Münster. Inicialmente piensa en rechazarla, pero finalmente decide aceptar debido a ciertas dificultades académicas en Bonn, y porque «algunos amigos intentaban convencerme argumentando que la dogmática era mi verdadero campo, y que me abriría perspectivas de acción mucho más amplias que las de la teología fundamental y, además, mi preparación escriturística y patristica sería más valorada allí»⁴⁵. Aceptó la oferta. «En el verano del año 1963, comencé mis clases en Münster ante un vasto auditorio y con una dotación de personal y material muy distinta a la que tenía a mi disposición en Bonn. La acogida por parte del cuerpo docente fue totalmente cordial; las condiciones no podían ser mejores. Sin embargo, debo confesar que quedaba en mí una cierta nostalgia de Bonn, la ciudad sobre el río: nostalgia por su alegría y su dinamismo espiritual»⁴⁶.

a) *La influencia centroeuropea*

El 29 de septiembre de ese mismo año comenzaba el segundo periodo de sesiones conciliares. Ratzinger se sintió impresionado por el cristocentrismo de las palabras del nuevo papa Pablo VI en la ceremonia de inauguración de las sesiones. «Con qué claridad sonaron aquí las palabras de la liturgia *Te, Christe, sole novimus*: ¡solo a ti, oh Cristo, te conocemos!»⁴⁷. A partir de ese momento, la vida del profesor y perito se divide entre las aulas universitarias y la conciliar. Pero además comenzó a palpar con cierta sorpresa ciertos fenómenos extraños e inquietantes que estaban surgiendo en ese momento. «Mientras seguía adelante el concilio, vivía entre Münster y Roma. El interés por la teología –que ya antes había sido grande– crecía más todavía gracias a las noticias que llegaban –a menudo cargadas de sensacionalismo– sobre las disputas entre los padres. Siempre que volvía de Roma encontraba los ánimos más revueltos en la Iglesia y entre los teólogos. Daba cada vez más la impresión de que en la Iglesia no había nada definitivo, de que todo podía ser objeto de revisión. El concilio parecía un gran parlamento eclesial, que po-

45. *Mi vida*, citado en n. 3, pp. 105-106.

46. *Ibid.*, p. 106.

47. *Das Konzil auf dem Weg*, citado en n. 23, p. 19.

día cambiar todo. Era [también] evidente que crecía un resentimiento contra Roma y la curia, que se presentaban como los enemigos de cualquier novedad y progreso»⁴⁸. En Alemania no solo los obispos se presentaban como verdaderos renovadores de la fe; sino que también los teólogos se sintieron protagonistas de este proceso con consecuencias en ocasiones sumamente ambiguas. «El papel [decisivo] de los teólogos en el concilio creó entre los estudiosos una nueva conciencia de sí mismos: comenzaron a sentirse los verdaderos representantes de la ciencia y, precisamente por eso, no debían estar sometidos a los obispos»⁴⁹.

El asunto tenía sus repercusiones prácticas en las tareas conciliares. «Puesto que normalmente la opinión de los obispos de lengua alemana era la adoptada por la alianza europea, y puesto que la postura de la alianza europea era adoptada por el concilio, bastaba con que un teólogo impusiese sus puntos de vista a los obispos alemanes para que el concilio los tomase como algo propio. Tal teólogo existía: era el P. Karl Rahner, S.I. Teóricamente, el P. Rahner era el teólogo consultor del cardenal König. En la práctica, era consultado por muchos miembros de las jerarquías alemana y austríaca, y muy bien podía considerársele la mente más influyente de la conferencia de Fulda. El cardenal Frings, en el transcurso de una conversación privada, denominó al P. Rahner “el teólogo más grande del siglo”»⁵⁰. En aquel momento, los puntos de vista de Ratzinger y del jesuita alemán resultaban bastante convergentes⁵¹. De modo que su propia opinión y el punto de vista centroeuropeo se podían hacer valer en todo el concilio. «Con una política definida en [las previas reuniones del episcopado de habla alemana en] Múnich y Fulda, que podían ser revisadas en las reuniones semanales del Collegio dell’ Anima; con cuatrocientas ochenta páginas de comentarios y esquemas alternativos; con un padre conciliar de habla alemana en todas las comisiones; con el cardenal Frings en la Presidencia del concilio, y el cardenal Döpfner en la Comisión de coordinación, ejerciendo como uno de los moderadores, ninguna otra conferencia episcopal se hallaba tan bien preparada para asumir y mantener el liderazgo del segundo periodo»⁵². Quizá el cronista se dejaba llevar en estas palabras de cierta exageración, pero ciertamente refleja una impresión bastante extendida en aquel entonces.

Volviendo a los recuerdos de nuestro joven profesor, Ratzinger llamaba la atención en primer lugar sobre el nuevo reglamento del concilio, aprobado por Pablo VI: aunque no suponía ninguna revolución, sí denotaba una cierta apertura res-

48. *Mi vida*, p. 109.

49. *Ibid.*, p. 110.

50. Ralph M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, citado en n. 1, pp. 93-94.

51. Cfr. *ibid.*, p. 94.

52. *Ibid.*, p. 98.

pecto a la anterior normativa⁵³. Por otra parte, reseñaba una tercera intervención de Frings que le dio gran notoriedad y protagonismo. «El tercer discurso que se hizo famoso era sobre la necesaria reforma de los métodos empleados por el Santo Oficio»⁵⁴. En efecto, el 8 de noviembre de 1963 el purpurado alemán criticó en el aula conciliar los métodos utilizados por la Congregación dirigida por el cardenal Ottaviani, «porque no son adecuados a los tiempos modernos y escandalizan al mundo». Un cerrado aplauso clausuró su intervención⁵⁵. Ottaviani intervino a continuación y manifestó su disgusto ante esa crítica, que –en el fondo, venía a decir– suponía un ataque al mismo Romano pontífice. Tras esto insistió en la supremacía del primado de Pedro sobre el colegio de los apóstoles, caldeando los ánimos al abordar de este modo un tema candente⁵⁶. A Ratzinger le pareció, sin embargo, que estas diferencias eran de orden institucional más que teológico, tal como había sugerido el mismo Daniélou: no se trataba de una rebelión intelectual, sino de una manera distinta de entender el modo de proceder de la curia romana⁵⁷. Frings añadió que la representación en el aula conciliar pertenecía más a los obispos que a las distintas comisiones como tales. Quería así subrayar la autoridad de los obispos con el sucesor de Pedro, frente a la de las instituciones de la curia⁵⁸.

b) *La colegialidad*

Emerge aquí uno de los temas que más interesaron a Ratzinger y del se había ocupado con anterioridad: la colegialidad de los obispos. Estaba reciente la publicación –de nuevo junto con Karl Rahner– de un breve estudio titulado *Episcopado y primado*. En fecha temprana los autores fundamentaban una enseñanza que después sería proclamada por el Vaticano II, así como la importancia de considerar la Iglesia como «comunidad eucarística»⁵⁹. Tras el concilio, Rahner y Ratzinger señalaban que ese escrito no contenía lógicamente la enorme riqueza del texto conciliar. En ese volumen Ratzinger ofrecía sin embargo, con un estilo inconfundiblemente histórico, un breve ensayo ya publicado en 1959, en el que se proponía una «tercera vía» entre dos extremos. «Cuando se dice “católico”, se establece una delimitación de un cristianismo de la escritura aislada, poniendo en su lugar la profesión de la *auctoritas* de la palabra viva, es decir, del ministerio de la sucesión

53. Cfr. *Das Konzil auf dem Weg*, citado en n. 23, pp. 14-15.

54. *La sal de la tierra*, citado en n. 20, p. 79.

55. Cfr. John L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, citado en n. 8, p. 65.

56. Ralph M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, citado en n. 1, pp. 135-136.

57. Cfr. *Das Konzil auf dem Weg*, citado en n. 23, p. 45.

58. Cfr. Giuseppe ALBERIGO, *Storia del concilio Vaticano II*, 3, Il Mulino, Bolonia 1996, p. 326.

59. Cfr. Karl RAHNER, Joseph RATZINGER, *Episcopado y primado*, Herder, Barcelona 1965, pp. 9-13.

apostólica. Cuando se dice “romano”, se da al ministerio su norte y su centro estables: la potestad de las llaves del sucesor de Pedro en la ciudad que fue regada con la sangre de los dos apóstoles. Finalmente, cuando se unen ambos términos en la fórmula “católico romano”, se expresa la completa dialéctica que media entre primado y episcopado, en la que uno no puede estar sin el otro. Una Iglesia –concluye Ratzinger– que quiere ser solo “católica” sin tener parte con Roma, pierde precisamente por ello su misma catolicidad»⁶⁰. Roma y el mundo entero (el primado definido por el Vaticano I, y la colegialidad que se promoverá en el Vaticano II) han de encontrar un buen entendimiento entre sí, pedía nuestro teólogo.

En el contexto de estos temas, el joven profesor también precisaba antes, en un artículo titulado *Teología del concilio* (1961): «El concilio no es un parlamento y los obispos no son unos diputados con un poder y un mandato que les viene de un pueblo que les ha elegido. Los obispos no representan al pueblo sino a Cristo, de quien reciben la consagración y la misión. Por eso, cuando se trata de lo más propio de la Iglesia (es decir, de mantener la palabra que ha venido de Dios) no hablan tampoco en lugar o por mandato del pueblo, sino en lugar y por mandato de Jesucristo»⁶¹. Por otra parte, se trata –añade– de que los obispos no solo vivan una «colegialidad vertical» con Pedro, sino también la «horizontal» con los demás obispos e Iglesias particulares⁶². Finalmente, la promoción de la colegialidad no solo supone un síntoma de renovación, sino tender «un puente con las Iglesias orientales»⁶³. «La catolicidad no solo mirar al centro, hacia Roma, sino también hacia la periferia (*Nachbarn*)»⁶⁴. En opinión de Nichols, «Ratzinger pensaba en un futuro ecuménico, en el que las Iglesias separadas pudieran reunirse en la comunión católica –sin por esto quedar absorbidas– como formas de la única comunidad visible de Cristo sobre la tierra»⁶⁵.

La redacción de la constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* va a ocupar la atención de obispos y teólogos en aquel segundo periodo de sesiones. El teólogo belga Gérard Philips había preparado un esquema alternativo sobre la Iglesia, que coincidía solo en parte con el trabajado por los obispos alemanes en la reunión de Múnich. Ratzinger apreciará este esquema redactado por los belgas, que reflejaba un punto intermedio entre las tendencias de italianos y españoles por un lado, y francófonos y alemanes por otro⁶⁶. El esquema recogía algunas observa-

60. *Ibid.*, pp. 67-68.

61. *El nuevo Pueblo de Dios* (1969), Herder, Barcelona 1972, p. 188.

62. Cfr. *Das Konzil auf dem Weg*, citado en n. 23, pp. 32-33.

63. Cfr. *ibid.*, pp. 35-36.

64. *Ibid.*, p. 36.

65. Aidan NICHOLS, *Joseph Ratzinger*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1996, p. 106; cfr. también Thomas WEILER, *Volk Gottes – Leib Christi*, citado en n. 2, pp. 183-191.

66. Cfr. *Das Konzil auf dem Weg*, citado en n. 23, p. 25.

ciones generales sobre la naturaleza de la Iglesia, que le parecían de gran importancia. En primer lugar, trata del misterio de la Iglesia como Cuerpo de Cristo y como Pueblo de Dios al mismo tiempo, y «habla elocuentemente sobre la condición cristológica y pneumatológica de la Iglesia, y sobre su estructura sacramental y carismática»⁶⁷. El esquema tomaba en serio la historicidad de la Iglesia, y la Iglesia de los pobres, fundada por «“el siervo de Dios”, que quiso vivir sobre esta tierra como el hijo de un carpintero, y que ha llamado a los pecadores»⁶⁸. Por último, esa Iglesia es también *sacramentum*, un signo sagrado, como la había definido san Agustín: un sacramento universal para la salvación y la comunión de todos los hombres y mujeres⁶⁹. «Cuando la Iglesia es sacramento, es signo de Dios entre los hombres, por lo que no es nunca para sí misma, sino que su tarea está más allá de ella misma. Es como una ventana, que lleva a cabo su función cuando deja ver lo que hay detrás»⁷⁰.

c) *La Iglesia y María*

Entre los temas particulares que recuerda Ratzinger se encuentra la propuesta de Rahner sobre el diaconado permanente en la precedente conferencia de Fulda, que suponía la recuperación de una práctica perdida en la Iglesia. Ratzinger se mostraba plenamente de acuerdo al respecto⁷¹. Sobre los laicos, el joven profesor señaló que, más que una definición negativa, había que desarrollar una positiva a partir de la misma espiritualidad laical⁷².

En este segundo periodo de sesiones Ratzinger se extenderá sobre todo en comentar el ecumenismo, aspecto que se consolida paulatinamente como una de las grandes coordenadas conciliares. Juan XXIII había dado pasos importantes en esa dirección; el Consejo Ecuménico de las Iglesias estaba dando sus frutos, y el Concilio Vaticano II había cursado invitación con éxito a ortodoxos, anglicanos y protestantes. Como hemos aludido ya, Ratzinger veía el capítulo sobre los obispos en clave ecuménica⁷³. Lógicamente ve mayor novedad conciliar en el Decreto sobre el Ecumenismo que en la misma Constitución sobre la Iglesia⁷⁴. Recuerda que otros cristianos no católicos pertenecen a la misma Iglesia de Cristo, pues esta

67. *Ibid.*, p. 27.

68. *Ibid.*, p. 30.

69. Cfr. *ibid.*, p. 42.

70. *Ibid.*, 31; puede verse también T. WEILER, *Volk Gottes – Leib Christi*, citado en n. 2, pp. 210-234.

71. Cfr. *Das Konzil auf dem Weg*, citado en n. 23, pp. 37-40.

72. Cfr. *ibid.*, p. 42.

73. Cfr. *ibid.*, p. 52.

74. Cfr. *ibid.*, pp. 58-60.

postura favorece también los deseos de acercamiento por parte de ellos hacia la única Iglesia de Cristo: la inclusión es mejor que la exclusión, piensa⁷⁵. Sin embargo, rechaza la idea de la unidad como una simple federación de Iglesias separadas, a la vez que recuerda que, en la Iglesia católica, existe pluralidad y que, por tanto, su unidad es dinámica, nunca monolítica⁷⁶. En este sentido, «los católicos deben saber que su misma Iglesia no ha alcanzado todavía en absoluto la unidad en la diversidad, y que su tarea es dirigirse hacia esta posibilidad y verdad. [...] En cuanto a la idea de conversión [...] se logrará fundamentalmente la unidad de las Iglesias, que pueden llegar a ser *una* Iglesia permaneciendo como *Iglesias*»⁷⁷.

Dentro del aula conciliar tendrá lugar además otro debate acerca de los títulos otorgados a María que debían aparecer en los documentos conciliares. La discusión, aparentemente sobre un tema de detalle, presentaba en realidad un amplio alcance. Unos proponían los títulos de «madre de la Iglesia», «mediadora», «medianera de todas las gracias» e incluso el de «Corredentora». En el ámbito de la conferencia episcopal alemana en Fulda, Rahner y Ratzinger sostenían al respecto que un excesivo énfasis en el papel de María en la redención podría perjudicar las relaciones ecuménicas con el resto de los cristianos; además, no se veía claro el título de «mediadora» aplicado a la Virgen, desde el punto de vista de la multisecular tradición conciliar. Proponían finalmente incorporar el esquema sobre María como último capítulo del *de Ecclesia*. Fue de hecho la postura defendida por Frings ante la Asamblea conciliar⁷⁸. La votación fue favorable a esta propuesta, como es sabido. Ratzinger consideraba que de este modo «la mariología se convierte en eclesiología, lo cual significa que en la idea de Iglesia está también la *Ecclesia celestis*, la Iglesia de los bienaventurados, de los salvados, y de que por medio de esta se podría verse reforzada la idea espiritual y escatológica de la Iglesia»⁷⁹.

Ratzinger saldrá al paso de posibles confusiones en la interpretaciones de estos sucesos. Escribirá en 1964: «Entendámonos: el objetivo de este concilio no era destruir –lenta y con seguridad– la devoción mariana y asimilarse de este modo al protestantismo; sino que había de evitar –tras los requerimientos de nuestros hermanos separados– una teología especulativa que se olvida de la Escritura»⁸⁰. Más que un progresismo ingenuo y acrítico, los principios que movían a Ratzinger coincidían más bien con el *ressourcement*, con la vuelta a las fuentes que había propuesto la teología de la época, para dejar así al cristianismo libre de

75. Cfr. *ibid.*, p. 55.

76. Cfr. *ibid.*, pp. 62-64.

77. *Ibid.*, p. 66.

78. Cfr. Ralph M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tiber*, citado en n. 1, pp. 106-107.

79. *Das Konzil auf dem Weg*, citado en n. 23, p. 47.

80. *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, citado en n. 15, pp. 30-31.

adherencias extrañas. Declaraba sin embargo bastantes años después: «Cuando todavía era un joven teólogo, antes de las sesiones del concilio (y también durante las mismas), como ha sucedido y sucede hoy a otros muchos, abrigaba ciertas reservas sobre fórmulas antiguas, como por ejemplo aquella famosa *de Maria numquam satis*, “sobre María nunca se dirá bastante”. Me parecía bastante exagerada»⁸¹. Hablará con claridad de sus causas. «Personalmente, al principio estaba muy determinado por el severo cristocentrismo del movimiento litúrgico, que el diálogo con mis amigos protestantes intensificó todavía más»⁸². Ratzinger hablará sin embargo de María como tipo de la Iglesia: ella, en su humildad, da vida y esperanza a toda la humanidad, tal y como debe hacer la Iglesia⁸³.

Los frutos de este segundo periodo de sesiones fueron llegando poco a poco. Se aprobó la Constitución dogmática sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum concilium*. Ese mismo día se aprobó el decreto sobre los medios de comunicación. Ratzinger hacía una valoración final de todo este periodo: «El final de esta segunda fase del concilio, a pesar de sus muchos aspectos positivos, no presenta el mismo optimismo que había en el primero. [...] El impulso [de la renovación] viene del servicio prestado día tras día. No viene, además, sin la fe, la esperanza y la caridad diarias de cada uno de nosotros»⁸⁴.

3. Tercer periodo conciliar

Casi un año después, el 14 de septiembre de 1964, empezaba el tercer periodo de sesiones del concilio, donde nuestro teólogo acude ya como perito nombrado por Pablo VI. Ratzinger dirá del nuevo papa que su actitud era «muy parecida a la de Juan XXIII, quien decía que quería ser tanto el papa de los que pisan el acelerador, como de los que quieren frenar»⁸⁵. El 7 de julio se comunicó a los padres conciliares una reducción drástica de esquemas que serán discutidos en el aula conciliar (es lo que la prensa alemana denominó el «plan Döpfner») con los siguientes temas principales: la revelación, la Iglesia, el ecumenismo, los obispos, los laicos y la relación de la Iglesia con el mundo moderno. Comenzó esta sesión con una concelebración eucarística muy diferente a la misa que daba comienzo al concilio, a la vez que se presentaron en el aula conciliar nuevos observadores y auditores, entre los que se encontraban treinta y nueve párrocos, quince mujeres y

81. *Informe sobre la fe*, BAC, Madrid 1985, p. 114.

82. *Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época* (2000), Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona 2002, p. 278.

83. Cfr. *Das Konzil auf dem Weg*, citado en n. 23, p. 48.

84. *Ibid.*, pp. 75-76.

85. *Ibid.*, p. 9.

numerosos laicos. Como alternativa a la influencia ejercida por los obispos centro-europeos, se organizó una oposición que ocasionó como efecto positivo que los textos conciliares se revisaran con más cuidado y precisión. Ratzinger comenta en octubre de 1964 de modo sucinto pero significativo: «La norma del concilio no puede ser la *diplomacia* y su oportunidad, sino solo la *teología* y, con ella, la cuestión de la *verdad*»⁸⁶.

a) *Escritura y tradición*

El capítulo VII del esquema *de Ecclesia* sobre dimensión escatológica de la Iglesia fue el primer tema que se abordó en la tercera sesión y que correspondía a las ideas expresadas por el cardenal Frings. Al día siguiente se abordó el último capítulo, sobre la Santísima Virgen. La discusión sobre los títulos que se debían otorgar a María se prolongó. Al final, se aceptó un texto en el que se proponía de un modo más bien discreto a María como mediadora y madre de los cristianos. También se discutió sobre la libertad religiosa, cuyo documento estuvo sometido a numerosas revisiones. En este texto fue definitivo el apoyo de los obispos norteamericanos. Otro tema que se había incluido en la agenda del concilio era la relación con judíos y musulmanes. De hecho, en mayo de 1964 Pablo VI anunciaba el nuevo establecimiento del Secretariado para los no cristianos, y a mediados de octubre se aprobó la declaración *Sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas*⁸⁷.

Quedaba pendiente sin embargo desde la primera sesión el esquema sobre la revelación, bloqueado por la polémica en torno a la existencia en ella de una (doble) o de dos fuentes. Un nuevo texto fue distribuido en mayo de 1963. Ratzinger opinaba que el nuevo esquema era «un compromiso pacífico que impide muchas causas de división, pero que también evita decir otras muchas cosas sobre las que sería bienvenida una doctrina complementaria»⁸⁸. A pesar de que hubo numerosas enmiendas y propuestas, la Comisión Teológica no cambió nada del texto. La polémica estaba servida. El papa Pablo VI intervino, sugiriendo que se introdujera alguna mejora del texto, entre las que se encontraba la célebre frase: «la Iglesia no obtiene solamente de la Sagrada Escritura su certeza sobre las palabras reveladas». Se introdujeron las correcciones oportunas. El texto definitivo fue aprobado al final el 18 de noviembre de 1965. Años después, Ratzinger hará un balance am-

86. *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, citado en n. 23, p. 35.

87. Trippen destaca la autoría de Ratzinger del discurso de Frings sobre la relación con el pueblo judío: cfr. Norbert TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, II, citado en n. 7, p. 424.

88. Citado por Ralph M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, citado en n. 1, p. 202.

pliamente positivo de esta Constitución dogmática. Aprecia en primer lugar que la Escritura sea el alma de la teología, sin que por eso caiga bajo la «tiranía» de la exégesis. La guía segura para leer la Biblia la constituían los Padres de la Iglesia y las liturgias de oriente y occidente. La Sagrada Escritura debe ser leída en la Iglesia, con el *sensus Ecclesiae*, y para esto la tradición constituye una garantía, tal como había recordado la escuela de Tubinga en el siglo anterior⁸⁹.

b) *La colegialidad*

El aula conciliar se ocupará de igual modo del sacerdocio y de la dimensión misionera de la Iglesia: había que prestarles más atención y espacio en las discusiones y en los textos conciliares. Para el cardenal Frings el papel misionero de la Iglesia era de tal importancia que no podía despacharse en unas cuantas proposiciones. Propuso elaborar un esquema completo sobre las misiones para la cuarta sesión del concilio. Ratzinger colaborará en esa redacción del decreto *Ad gentes* sobre la dimensión misionera de la Iglesia, como veremos. Con todo, un tema en el que Ratzinger estaba especialmente atento era el de la Iglesia: «La Iglesia no puede ser considerada según modelos políticos, sino a partir de imágenes bíblicas destacan un punto de la realidad. [...] “Cuerpo de Cristo” es, por así decirlo, una contraseña (*Stichwort*), una fórmula telegráfica de la liturgia de la Iglesia, en cuyo centro está la liturgia, la unión en el Cuerpo de Cristo»⁹⁰. Por eso propone una estructuración de la Iglesia en torno a la liturgia. Por otro lado, sigue de cerca el tema de la colegialidad episcopal del capítulo III de *Lumen gentium*: «el actual concilio ha intentado dar un paso adelante cuando, completando el concepto de primado, ha procurado formular también un concepto verdaderamente espiritual de *episcopado* (...). a) El ministerio de unidad, el oficio papal, permanece en principio intacto e inalterado, aunque su función se presenta ahora más clara en su contexto. Este no debe ser un gobierno monárquico, sino la coordinación de la pluralidad que forma parte de la esencia de la Iglesia. b) Lo plural de las Iglesias episcopales forma parte esencialmente de la única Iglesia, que constituye su estructura interna»⁹¹.

Ratzinger comenta los textos conciliares sobre este particular: «En el texto actual aparece este acercamiento, pero tan solo como una estructura general de la Iglesia antigua, que ahora viene a ser traído a la memoria: la Iglesia de la época

89. Cfr. *Einleitung zum Kommentar der Dogmatischen Konstitution über die göttliche Offenbarung des Zweiten Vatikanischen Konzils und Kommentar zu Kap. 1, 2 und 6 der Konstitution, Lexikon für Theologie und Kirche*. Supplementary vol. 2, Freiburg a.M. 1967, pp. 498-528, 571-581; ver también Aidan NICHOLS, *Joseph Ratzinger*, citado en n. 65, pp. 91-96.

90. *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, citado en n. 15, p. 25.

91. *Ibid.*, p. 26.

patrística, vivía de la diversidad de las Iglesias episcopales, que en su recíproca unidad constituían una *única* Iglesia»⁹². Así, en el párrafo 23 del capítulo III donde se habla sobre las relaciones de los obispos entre sí, Ratzinger cree ver «un texto, a mi modo de ver, tanto por el significado ecuménico en su conjunto, como por su desarrollo concreto en la vida eclesial, puede aumentar en importancia entre las afirmaciones que hacen referencia al poder universal de la Iglesia»⁹³.

Ratzinger insiste en que la doctrina de la colegialidad es una auténtica tarea ecuménica. «Con base en lo ya dicho, la colegialidad de los obispos, en cuanto medio para poner en acto la unidad en la multiplicidad y en cuanto expresión para la edificación de la única Iglesia de Cristo a partir de las muchas comunidades locales, describe la forma habitual de la vida ordenada para la Iglesia»⁹⁴. Algunos vieron en el principio de la colegialidad episcopal una amenaza a la potestad suprema del Romano Pontífice; por eso se explica su reacción positiva ante la votación del esquema. «Cuando el 30 de septiembre de este año, día en que el capítulo sobre la colegialidad de los obispos, casi contra toda esperanza, fue aprobado en la primera votación por una mayoría de dos tercios, el presente concilio ha alcanzado su punto culminante»⁹⁵. Frente a las críticas formuladas por varios sectores contra la visión de la colegialidad episcopal que se ofrecía en el esquema, Ratzinger argumenta que «se complementan recíprocamente el pluralismo de las comunidades sacramentales y la unidad de los ministros eclesiásticos garantizada por el papa»⁹⁶.

Finalmente, el esquema fue aprobado por una amplia mayoría a finales de septiembre de 1964. Para evitar posibles equívocos, y a petición del papa, la Comisión doctrinal del Concilio redactó la *Nota explicativa praevia*, articulando con cautela los principios de primado y colegialidad y, por tanto, la doctrina del Vaticano I con la de la *Lumen Gentium*⁹⁷. En opinión de Ratzinger, se trataba de un texto complementario al propiamente conciliar: «El texto conciliar, elaborado por los obispos por mandato de la gran asamblea de los obispos del concilio, parte del punto de vista episcopal y, desde aquí, se dirige al centro: el ministerio comunitario de la Iglesia; el texto pontificio [la *Nota praevia*] va en dirección contraria desde el primado hacia los obispos»⁹⁸. Y añade que «sus enunciados no han creado una situación sustancialmente nueva respecto a los textos conciliares»⁹⁹, a pesar de que pueda criticarse el contexto y las circunstancias en que apareció la Nota.

92. *Ibid.*, p. 55.

93. *Ibid.*, p. 59.

94. *Ibid.*, p. 80.

95. *Ibid.*, p. 13.

96. *Ibid.*, p. 83.

97. Cfr. Giuseppe ALBERIGO, *Storia del concilio Vaticano II*, 4, Il Mulino, Bolonia 1999, n. 236, p. 469.

98. *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, Bachem, Köln 1966, p. 14.

99. *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, citado en n. 15, p. 62.

En la semana final de la cuarta sesión sucedieron otras intervenciones de Pablo VI (sobre la libertad religiosa y el ecumenismo; el anuncio del título «madre de la Iglesia» a la Virgen María) que sembraron inquietud entre los padres conciliares más afines a los planteamientos de los obispos centroeuropeos. Fuera del concilio se magnificaron en exceso esas intervenciones de Pablo VI. Ratzinger, que compartía cierta perplejidad al respecto, emplazaba sin embargo a tener paciencia y esperanza¹⁰⁰, al mismo tiempo que recordaba el derecho del papa a intervenir en la elaboración de los textos conciliares, al menos como cualquier otro padre conciliar¹⁰¹. Sus consideraciones terminan con un balance de este tercer periodo. «Tal vez ha sido positivo que en los últimos días del tercer periodo del concilio hemos recuperado la consciencia de todas estas cuestiones; que nos hemos dado cuenta con claridad de la insuficiencia de todos nuestros intentos guiados tan solo de nuestra desmedida voluntad de triunfar. Pero por otra parte la sana vergüenza (se podría decir así) no ha sido el único resultado de dos meses de lucha en común por el debido testimonio de la verdad del Señor en nuestro tiempo»¹⁰².

En la alocución pontificia de clausura del periodo de sesiones Pablo VI aprovechó para anunciar la institución del Sínodo de los Obispos, a la vez que proponía el estudio de reformas en la Curia romana y anunciaba una peregrinación al santuario mariano de Fátima. Fue interrumpido siete veces por los aplausos de los padres conciliares, con una intensidad que iba en aumento. En una conferencia pronunciada en Roma el 28 de octubre de 1965, Ratzinger afirmaba que «brilla la esperanza –no sin fundamento– de que algo así como un método colegial empieza a desarrollarse»¹⁰³. Y concluía de modo elocuente: «Ante la pregunta: “¿qué queda del concilio?”, se podría responder con gran sencillez: “El concilio mismo”»¹⁰⁴.

4. Cuarto periodo conciliar

El 14 de septiembre comenzaba el último periodo. «El cometido del futuro periodo de sesiones –escribía Ratzinger al acabar el tercero– queda claramente establecido. Quedan por discutir solamente cuatro temas: libertad religiosa, ministerio sacerdotal, misiones e Iglesia y mundo. [...] Se podrán alargar las sesiones, a diferencia de 1964. La recogida de una cosecha ya en parte preparada es lo que

100. Cfr. la *Introduzione a Problemi e risultati del Concilio Vaticano II* (1966), Queriniana, Brescia 1967, pp. 15-16.

101. Cfr. *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, citado en n. 15, 47 y 50; *Probleme der vierten Konzilsperiode*, Stodieck, Bonn 1965, pp. 4-6.

102. *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, citado en n. 15, pp. 82-83.

103. *Probleme der vierten Konzilsperiode*, citado en n. 101, p. 6.

104. *Ibid.*, p. 15.

principalmente caracterizará este periodo, aunque puede haber todavía sorpresas en dos de los cuatro temas en discusión –libertad religiosa y la Iglesia en el mundo contemporáneo– pueden estar todavía sometidos a vivas polémicas»¹⁰⁵.

a) *Iglesia y mundo*

El cuarto periodo de sesiones comenzó –«¡por tercera vez!»¹⁰⁶, exclamaba Ratzinger– con la discusión sobre la libertad religiosa. A pesar de la oposición de algunos padres, el texto fue aprobado en su sexta versión, y sería promulgado por el papa en medio de grandes aplausos. Recuerda también el teólogo alemán «el talante del nuevo testamento, que consiste en el signo de la cruz, no en el poder terrenal»¹⁰⁷. Por lo demás, el prolongado debate había merecido la pena. «Solo así fue posible que el texto definitivo aprobado el 7 de diciembre de 1965 tuviese tan solo setenta votos en contra y ocho abstenciones y, por tanto, un sí casi completo del concilio. Y no se puede afirmar que este texto haya perdido nada de lo que tenían las precedentes versiones. [...] Sigue afirmándose con fuerza que la Iglesia católica continúa considerándose el lugar concreto de la verdadera religión: “libertad religiosa” es un enunciado en el plano de la convivencia social y política de los hombres, que varía en nada la disposición del hombre hacia la verdad, sino que se refiere tan solo a su forma histórica de realización»¹⁰⁸.

El esquema sobre la Iglesia en el mundo moderno (el Esquema XIII, que dará lugar después a la *Gaudium et spes*) provocaba también grandes discusiones, una «lucha» –como la califica Ratzinger– que se prolongaría a lo largo de todo ese año. El esquema inicial de 1962 había sido rechazado de pleno –según nuestro teólogo– porque un texto excesivamente escolástico, «presentaba ya de antemano las respuestas, como si de hecho hubieran convencido ya»¹⁰⁹, además de una evidente falta de sensibilidad hacia posturas personalistas¹¹⁰. «No era ni un texto bíblicamente exacto, ni estaba de acuerdo con el pensamiento actual»¹¹¹. Era necesario por tanto un nuevo texto con un nuevo estilo. La historia redaccional del esquema fue así larga y compleja. Ratzinger ha dejado constancia de su opinión sobre el texto de otoño de 1965, que ocupaba un total de ochenta y tres páginas en su versión latina. Le parecía un texto excesivamente francés, algo theillardiano y, según él, demasiado optimista e ingenuo¹¹².

105. *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, citado en n. 101, p. 47.

106. *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, citado en n. 98, p. 18.

107. *Ibid.*, p. 19.

108. *Ibid.*, p. 23.

109. *Probleme der vierten Konzilsperiode*, citado en n. 101, p. 7.

110. Cfr. *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, citado en n. 98, pp. 25-26.

111. *Ibid.*, p. 28.

112. Cfr. *ibid.*, pp. 31, 39-40.

No calla lo que él entiende como graves defectos de planteamiento del texto conciliar. «En el fondo, [...] se abandonaba en el frigorífico lo que le resulta propio –el hablar de Cristo y de su obra–, por considerarlo una conceptualidad congelada y, por tanto, se presentaba de un modo todavía más incomprensible y anticuado respecto a lo que ya es comprensible por la simple razón»¹¹³. Según él, «la fe se presentaba como una especie de oscura filosofía sobre cosas acerca de las cuales no se sabe nada»¹¹⁴. Había además detrás no solo una antropología, sino una eclesiología distinta a la *Lumen Gentium*, en la que la dimensión vertical y teológica quedaba en parte silenciada, para subrayar la horizontal y puramente humana. «Casi como si el “pueblo de Dios” fuese [sin más] un grupo sociológico entre tantos, con los que al final busca la unidad»¹¹⁵. La Iglesia quedaba en cierto modo reducida a una mera institución humanitaria de alcance mundial. Ratzinger advertía que ciertos contenidos que se introducían en aquel momento estaban llevando a desvirtuar el contenido verdadero de la fe¹¹⁶.

Reconoce también los méritos del documento. «Ha sido mérito del proyecto conciliar localizar este problema y haber buscado una forma nueva, no autoritaria, de hablar con el hombre. Sin embargo, se debería haber diferenciado entre anuncio y diálogo»¹¹⁷. De modo significativo, el portavoz de los obispos alemanes hará alguna advertencia: «Frings pidió el 27 de octubre una mayor cautela en el uso de categorías como “mundo”, “progreso” y “salvación”»¹¹⁸. Algo parecido habían manifestado otros padres, entre los que se contaban también Döpfner de Múnich, König de Viena, Höffner de Münster, así como un joven obispo polaco llamado Karol Wojtyła¹¹⁹. La carencia denunciada vino a ser colmada con el «final cristológico» que presenta cada uno de los capítulos de la *Gaudium et spes*: Cristo está en el centro del misterio del hombre. Con ello, se trataba –en opinión de Ratzinger– de «descubrir esta vocación a Cristo en lo más profundo del corazón humano, para hacer así capaz al hombre de escuchar la llamada de Cristo: he aquí la voluntad más profunda del concilio»¹²⁰. Como gesto significativo en este sentido, el

113. *Ibid.*, p. 34.

114. *Ibid.*, p. 35.

115. *Ibid.*, p. 36.

116. Cfr. *ibid.*, pp. 76-77; John L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, citado en n. 8, pp. 79-81.

117. *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, citado en n. 98, p. 38.

118. Annibale ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, citado en n. 26, p. 312; cfr. *Acta Synodalia S. Concilii Oecumenici Vaticani II*, III/5, Typis Poliglottis Vaticanis, Ciudad del Vaticano 1974, p. 532. Sobre el discurso de Frings, escribía Semelroth: «Die [Intervention] von Kardinal Frings hat Prof. Ratzinger gemacht» (O. SEMMELROTH S.J., *Tagebuch am 24. September 1965*, citado en Norbert TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, II, p. 473).

119. Cfr. *Acta Synodalia S. Concilii Oecumenici Vaticani II*, IV/2, 660-663; R.M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, pp. 290-293.

120. *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, citado en n. 98, p. 58.

4 de octubre, Pablo VI volaba a Estados Unidos para hablar ante las Naciones Unidas precisamente sobre los problemas del mundo actual.

b) *Futuro y esperanza*

Quedaba sin embargo pendiente el decreto sobre las misiones. «Tras el rechazo de las proposiciones sobre las misiones de la tercera sesión, la tarea de preparar un nuevo esquema fue confiada a una subcomisión formada por cinco miembros de la Comisión sobre las Misiones, elegidos por votación secreta. El P. Schütte, Superior General de los Misioneros del Verbo Divino, que había recibido la mayoría de los votos, fue designado presidente. La subcomisión seleccionó a sus propios *periti* (Ratzinger, teólogo personal del cardenal Frings, de Colonia, y el P. Congar), que prepararon los fundamentos teológicos del esquema»¹²¹. El trabajo fue intenso y efectivo. «En seis capítulos, en parte muy detallados, [=el esquema] intenta dar un nuevo fundamento a la reflexión sobre la misión y determinar el modo en el que la misión debe seguir adelante»¹²², escribió Ratzinger. El esquema fue aprobado por una amplia mayoría, tras dos sucesivas correcciones. Tuvo el mayor número de votos afirmativos obtenidos jamás en un documento conciliar¹²³.

El cuarto de los grandes temas comentados por Ratzinger se refería al sacerdocio ministerial. «Ahora el esquema sobre los sacerdotes ha eliminado la orientación exclusivamente sacrificial en la idea de sacerdote y parte, de modo diferente, de la idea de la asamblea del pueblo de Dios, de manera que el sacerdocio resulta concebido en primerísimo lugar con base al dato fundamental cristiano, el evento cristiano, como servicio a la fe. [...] Esto significa que la eucaristía no es el acto centrado en sí mismo (*in sich ruhender*) de la consagración y del sacrificio que el sacerdote celebra, y para el que sea indiferente que los “laicos” participen o no. [...] En otras palabras, la tarea del sacerdote es prestar el servicio de un padre de familia y pronunciar en favor de la familia de Dios la oración de la mesa de la cena del Señor, de anunciarle con la acción de gracias la muerte y la resurrección del Señor»¹²⁴. Respecto al controvertido asunto del celibato sacerdotal, Ratzinger concluía con un prudente «se deberá examinar con tranquilidad este asunto»¹²⁵, cosa que se hará más adelante en varias ocasiones.

121. Ralph M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, citado en n. 1, p. 294; sobre la intervención de Ratzinger en estos documentos, véase Norbert TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, II, citado en n. 7, pp. 455-457, 468.

122. *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, citado en n. 98, p. 59.

123. Cfr. Ralph M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, citado en n. 1, pp. 296-298; Thomas WEILER, *Volk Gottes – Leib Christi*, citado en n. 2, pp. 202-205, 231-234.

124. *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, citado en n. 98, pp. 65-66.

125. *Ibid.*, p. 67.

Pablo Blanco Sarto

«Cuando el 7 de diciembre fueron aprobados estos últimos cuatro textos [...] un espíritu de alegre gratitud invadió a los obispos reunidos por última vez en asamblea conciliar en San Pedro. Se advirtió un desbordado ambiente de alegría cuando al final se abrazaron y se intercambiaron el ósculo de la paz»¹²⁶. Una vez recuperado el silencio, se leyó el texto común de Pablo VI y del patriarca de Constantinopla en el que se levantaba la recíproca excomunión por el cisma de 1054. El 8 diciembre de 1965 tenía lugar la clausura del concilio. Se abrían sin duda nuevos tiempos para la Iglesia. Los logros del concilio –según Ratzinger– eran también evidentes, y se encontraban en perfecta continuidad con la enseñanza de la Iglesia a lo largo de los siglos. «Si tuviera que citar algunos aspectos fundamentales, resaltaría la importancia que se concede a la Biblia y a los Padres de la Iglesia; la nueva imagen personalista del hombre; la afirmación sobre la esencia de la Iglesia; el acento ecuménico y, en fin, la intuición fundamental de la renovación litúrgica»¹²⁷.

Se abría así un nuevo periodo para la Iglesia, que contaba con un buen punto de partida. «Por citar tan solo los resultados teológicos de mayor importancia, el concilio ha insertado de nuevo, en el conjunto de la Iglesia, una doctrina del primado que antes aparecía peligrosamente aislada; ha incorporado asimismo la mentalidad jerárquica aislada en el misterio único del cuerpo de Cristo; ha vinculado de nuevo una mariología aislada en el gran rango; ha hecho que la liturgia sea, de nuevo, accesible y comprensible. Y con todo esto ha dado un valeroso paso adelante en el camino de la unidad de los cristianos»¹²⁸. Ante todo, y más allá de consideraciones académicas, el joven profesor extraía una conclusión de permanente vigencia, pensamos, para su tarea teológica y para su vida de pastor: «La fe de quienes tienen un corazón sencillo –añadía– es el mayor tesoro de la Iglesia; servir a ella [=la fe] y vivirla es el cometido más alto de la renovación eclesial»¹²⁹. Aquí se encuentra el futuro de la Iglesia.

Pablo Blanco
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona

126. *Ibid.*, p. 71.

127. *Ser cristiano en la era neopagana*, Encuentro, Madrid 1995, p. 118.

128. *Teoría de los principios teológicos*, citado en n. 16, p. 443.

129. *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, citado en n. 98, p. 77.